



Educar lo invisible



La pedagogía aparece como una interlocutora privilegiada para acoger y desplegar el discurso experiencial de la espiritualidad. Así, educar lo invisible tiene que ver con construir puentes inspiradores de sentido entre tanta actividad que cada día acontece en el centro educativo y los principios y valores que de manera silenciosa e invisible la espiritualidad ofrece.



José
García de Castro,
SJ



Universidad Pontificia Comillas
josegc@comillas.edu



Lo más importante que en estos momentos está ocurriendo en ti mismo mientras lees estas líneas se escapa a la evidencia de tus ojos y al control de tu consciencia: el corazón, fiel a la tarea encomendada, sigue latiendo hasta completar los más o menos 7500 litros de sangre que cada día suele bombear; los pulmones siguen filtrando aire, hasta unos 8000 litros diarios para mantenerte “sano” y que puedas estar atento a otras tareas; las neuronas no dejan de conectarse entre ellas a velocidad supersónica para ayudarnos a comprender e interpretar todo lo que pasa a nuestro alrededor. Junto a lo que nuestro propio cuerpo rea-

Educar es una de las tareas más nobles a las que una persona puede dedicar su vida. Educar es ayudar a dar forma responsable a lo que llamamos persona

liza desde un milagroso “automatismo”, nuestro espíritu no se queda atrás; hablamos, pensamos, valoramos o amamos *invisiblemente* sin que podamos detectar o cuantificar todo aquello que está detrás, haciéndolo posible.

Pero ocurre lo mismo en nuestro mundo de cada día. Bajo la bella apariencia de avenidas, parques y jardines que forman el rostro amable de nuestras ciudades, subyace todo un complejo entramado de infraestructuras de túneles, cañerías y cables que las hacen habitables. Nadie lo ve.

Educar es una de las tareas más nobles a las que una persona puede dedicar su vida. Educar es ayudar a dar forma responsable a lo que llamamos persona, favoreciendo que cada miembro de este grupo de alumnos que como maestro/a se me ha encomendado pueda ir desplegando todas y cada una de sus capacidades, algunas de las cuales estarán todavía por descubrir.

En la tradición educativa de la Compañía de Jesús, los jesuitas asumieron como una parte fundamental e irrenunciable en el desarrollo del alumno lo que entonces llamaron la “formación del carácter” y hoy podríamos denominar “configuración de una personalidad”. Aquellos maestros del siglo XVI no se conformaban con transmitir pedagógicamente una serie de buenos contenidos a sus alumnos y verificar que los habían asimilado suficientemente.

Los jesuitas deseaban, sobre todo, formar personas que fueran buenos ciudadanos y contribuyeran con sus vidas a la construcción del “bien común”. Tenían muy claro que el futuro de culturas y socie-



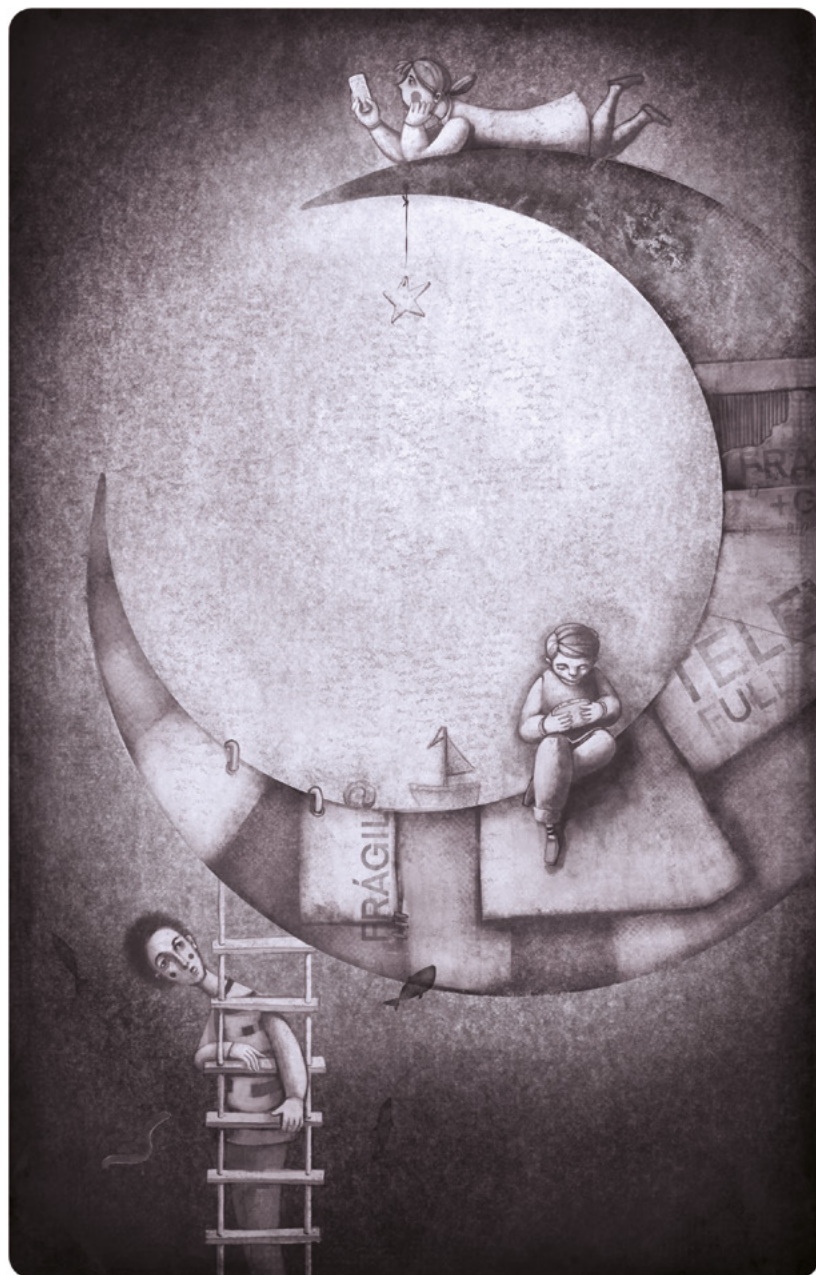
dades dependía de la buena educación de la juventud y así lo escribía Pedro de Ribadeneira a Felipe II (14 de febrero de 1556). Los 621 centros educativos que la Compañía de Jesús lideraba en 1773, año de su supresión, muestran hasta qué punto los jesuitas se comprometieron con el apostolado educativo.

Evidentemente, esta impresionante misión educativa repartida por todo el mundo tenía que descansar en cuatro firmes pilares: una visión programática de los estudios (*Ratio Studiorum*, 1599), una determinada visión del hombre y sus relaciones (antropología/ética), una visión de la sociedad y del mundo (sociología/política) y, en definitiva, una visión de la Fuente inspiradora de todo ello: una imagen y experiencia de Dios (teología).

Ir dando forma a una personalidad en sus años colegiales demanda y exige tener de fondo una “filosofía” que dé sentido a toda iniciativa pedagógica y didáctica que pueda influir en el carácter de los alumnos. Formamos ¿conforme a qué?; educamos ¿con respecto a qué? La energía inspiradora que anima la pedagogía de los jesuitas se ha ido acuñando con la expresión “espiritualidad ignaciana”.

Conscientes de que el término *espiritualidad* ha ido ensanchando sus fronteras semánticas de manera insospechada en las últimas décadas, entendemos por espiritualidad “una sabiduría religiosa de la vida que ofrece una propuesta de sentido holístico del hombre y del mundo”. Vivir en una espiritualidad es vivir con sentido, pero también con rumbo, con profundidad y con coherencia, favoreciendo que la memoria del pasado y las fantasías sobre el futuro puedan ir tejiendo un proyecto de vida realista, coherente e ilusionante.

La espiritualidad ignaciana, en tanto que espiritualidad cristiana, fluye del Evangelio de Jesús de Nazaret y ha llegado hasta nosotros a través de los escritos de Ignacio de Loyola (1491-1556), entre los que destacan los *Ejercicios Espirituales*. La espiritualidad, para no caer en el espiritualismo, necesita encarnarse en la historia a través de acciones bondadosas cuyo fin es la construcción de un mundo



mejor. En este sentido, la pedagogía aparece como una interlocutora privilegiada para acoger y desplegar el discurso experiencial de la espiritualidad. Así, educar lo invisible tiene que ver con construir puentes inspiradores de sentido entre tanta actividad que cada día acontece en el centro educativo y los principios y valores que de manera silenciosa e invisible la espiritualidad ofrece.

Gracias a esta discreta presencia de la espiritualidad en el aula, es posible que los alumnos puedan ir creciendo en la consciencia acerca del valor innegociable de la vida y de la persona. Por la espiritualidad, es posible ir integrando desde niños



el perdonar y ser perdonados como un hábito amable en las relaciones humanas. Por la espiritualidad, los alumnos pueden ir desarrollando una conciencia que opta libre y espontáneamente por la justicia, la paz y la misericordia como algo natural y propio de la convivencia entre los pueblos. Por la espiritualidad podemos enseñar a rezar y a confiar en Dios como un Principio y Fundamento fiel y bueno al que volver una y otra vez; y hablar con Él “como un amigo habla con otro amigo” [Ej. 54].

Porque tenemos una espiritualidad, podemos abrir de manera nueva los ojos del corazón y reconocer en todo momento y circunstancia la belleza y bondad del mundo, como eco verdadero de su Creador.

Como acontecía en algunos de los ejemplos que abrían esta reflexión, lo más importante del proceso educativo se va desarrollando en ese plano imperceptible de

Porque tenemos una espiritualidad, podemos abrir de manera nueva los ojos del corazón y reconocer en todo momento y circunstancia la belleza y bondad del mundo, como eco verdadero de su Creador

la vida que va haciendo madurar a los alumnos de nuestros centros, “verso a verso”, curso a curso. ¿Cómo acompañar este proceso tan poco “evidente” y medible?

Educación en este ecosistema de experiencia espiritual precisa de educadores familiarizados con una interioridad habitada que inspire y dé forma a toda su actividad pedagógica. La *Ratio Studiorum* acentuó el valor irrenunciable del ejemplo de vida del educador como lección primera y primordial que da valor y credibilidad a todas las demás.

Antes que buenos profesores transmisores de sana doctrina, educar lo invisible demanda lúcidos maestros de vida capaces de “in-formar” los contenidos que ofrecen desde la virtud escondida que los inspira •

Padres y Maestros quiere mostrar su agradecimiento al ilustrador Francisco Pimiango y a la editorial Mensajero por las imágenes reproducidas en este artículo y que se publicaron originalmente en el libro de José García de Castro, SJ, *Educación lo invisible. La inspiración de la educación ignaciana* (Mensajero, 2021)



PARA SABER MÁS

GARCÍA DE CASTRO, J. (2021). *Educación lo invisible. La inspiración de la educación ignaciana*. Mensajero.

GARCÍA DE CASTRO, J. (2021, 13 de septiembre). *Educación lo invisible. La inspiración de la educación ignaciana* [Archivo de vídeo]. [Tv.comillas.edu. https://bit.ly/EducaciónLoInvisible](https://bit.ly/EducaciónLoInvisible)



HEMOS HABLADO DE

Educación; espiritualidad ignaciana; Ratio Studiorum; Ignacio de Loyola.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en febrero de 2022, revisado y aceptado en mayo de 2022.